



## «TAMAGOCHIS»

El regalo estrella de estas pasadas fiestas de Navidad, para pequeños y para los que no lo son tanto, ha sido una maquinita electrónica conocida popular y comercialmente como «TAMAGOCHI».

Este aparatito, cuyo origen es japonés, tiene otras variantes españolas que son imitaciones casi perfectas del original nipón, y además suelen costar más barato, lo cual siempre es un consuelo para los más que diezmos bolsillos de Sus Majestades los Reyes Magos.

La publicidad de estos «juguetes» va adornada de ciertas cualidades muy atractivas para su venta. Es divertido, entretiene, con él se aprende a cuidar una mascota, el aumento de la responsabilidad del adolescente, etc.

Pero, realmente, ¿en qué consiste este nuevo juego que gran cantidad de niños y niñas llevan colgado al cuello y no es precisamente un colgante más? En la pantalla aparece un animalito, a veces no demasiado definido, que acaba de nacer al ritmo del «cumpleaños feliz» y que requiere una serie de cuidados necesarios si queremos que se mantenga con vida. Lo primero es alimentarlo con pastelitos, galletas, leche, zumo... Al tener cubierta esa primera necesidad, enseguida nos pide jugar con él. Necesita igualmente para sobrevivir que le cantemos canciones, pulsando la tecla para que suenen las que el juego tiene grabadas y que, al igual que los alimentos, aparecen en la pantalla. Después de una partidita a los dados nos pide sacarlo a pasear. Total, que apretando los botoncitos hacemos de nuestra mascota la más feliz y contenta

del mundo.

Como cualquier ser vivo, el Tamagochi también tiene sus necesidades biológicas, y el buen cuidador tiene que permanecer atento a retirar, cada dos horas aproximadamente, los desechos que genera nuestro bichito. También se suele poner malito cuando nos descuidamos un momento, pero en la pantalla aparece una inyección y si llegamos a tiempo se cura; hay que estar muy pendiente. Claro que con tanta actividad de juegos, comidas y paseos se cansa y nos pide enseguida una siesta para descansar un ratito, mejor que se acueste bien cenado, bebido y aseado; todavía quizá habrá tiempo para la última partidita.

Cada día que pasa cuenta para nuestra mascota como un año de vida, y para el adolescente la gracia del juego está en conseguir mantener la febril actividad del Tamagochi cuantos más días mejor, no sea que si se descuida unas horas, y funciona también mientras el niño duerme, tenga como destino final el cementerio especial para «tamagochis», que ya los hay.

Todo esto dicho así suena a algo divertido, aunque con tintes de ironía. Pero sobre todo parece un juguete ideal para que el niño crezca en responsabilidad. No es cuestión de entrar en estadísticas sobre el tiempo diario que la mascota necesita para no morir. Tampoco se puede generalizar si algún niño se ha resentido psicológicamente al morir su Tamagochi. Sin embargo, merecería la pena que padres y educadores entrasen en valoraciones acerca del tipo de dependencia que este juego genera en un niño o en un adolescente. En mi opinión, se llega a un momento en que el chico pasa a

ser un poco esclavo de la máquina, la cual le está robando quizá demasiado tiempo, que podría dedicar a jugar con sus hermanos o amigos, y no digamos al estudio. Creo que es demasiado el tiempo invertido en esta diversión, desproporcionado para los resultados constructivos que se pueden obtener de ella. Y sería triste que una presunta diversión pudiera desembocar en adicción.

Otra desventaja del Tamagochi es que no promueve la creatividad, porque todas las posibilidades del aparato están previstas en su memoria. El peligro aquí es que el cuidador se convierta en un autómatas que sólo repite movimientos reflejos para tener contento y con vida a un bichito, pero sin poder salirse del «guión», sin poder jugar a otra cosa con él, ni improvisar. Yo diría que es una mascota que hace perder la imaginación en el juego e impide el desarrollo de las posibilidades de fantasía que la mente del niño necesita.

Se trata también de un juego individualista, el niño queda aislado, lejos de invitar a compartir y socializarse con otros. El Tamagochi encierra a su dueño en ese círculo de incomunicación hacia el que nuestro entorno camina.

En definitiva, si para que nuestros adolescentes se vuelvan más responsables la solución es que cuiden un Tamagochi, los educadores deberían sopesar las posibles consecuencias. Tal vez lo más fácil es consolarse pensando que es otra de esas modas pasajeras y dejar que el año que viene inventen otra cosa.

*José Luis Expósito*